

## PARDINAS

➡ Ante las lecciones en varios países de América Latina, sería un error asumir que la continuidad de la democracia mexicana está garantizada.

# Tiranos por mandato popular

JUAN E. PARDINAS

Los golpes de Estado en América Latina parecían una imagen lejana, una fotografía en blanco y negro con tanques y tropas apostadas frente a un palacio presidencial. Honduras vino a recordarnos que aquel pasado sigue aún con nosotros. Sin embargo, la remoción y destierro del presidente Manuel Zelaya son muy distintos a los macabros acontecimientos que acompañaban a los golpes de Estado del siglo XX. El Ejército hondureño actuó por orden de la Suprema Corte y con la anuencia del Poder Legislativo. Dos de los poderes constituidos del Estado se revelaron contra el Presidente, bajo los cargos de violar la Constitución.

Las presidencias malogradas han sido un rasgo persistente de la imberbe democracia latinoamericana. Los presidentes de Brasil en 1992, Venezuela en 1993, Ecuador en 1997, Perú en 2000, Argentina en 2001 y Bolivia 2003 han sido forzados a abandonar sus cargos por acusaciones de corrupción, movilizaciones sociales o crisis económicas. Del año 2000 a la fecha, Ecuador ha tenido cinco presidentes distintos y una junta de salvación nacional. Al final del 2001, Argentina tuvo cinco titulares del Poder Ejecutivo en menos de dos semanas. En muchos países de la región hay democracia, pero no hay estabilidad política. El politólogo Ian Bremmer define la estabilidad política como "la capacidad de las instituciones estatales para administrar los conflictos sociales". Francia puede padecer jornadas de parálisis por huelgas en el sistema de transporte, pero nadie se preocupa que estas tensiones entre sindicatos y empresas puedan poner en riesgo la continuidad del sistema político. En contraste, en Bolivia o Ecuador una prolongada huelga de transporte puede acabar con la continuidad constitucional del orden político.

La diferencia central entre el caso de

Honduras y todas las renunciaciones presidenciales de los últimos 20 años es la intervención directa del Ejército. El derrocamiento de un mandatario electo por una tropa de uniformados trae memorias de dictaduras brutales y la violación sistemática de los derechos humanos. Tolerar el golpe de Estado en Honduras sería equivalente a olvidar la historia del continente durante la Guerra Fría. Sin embargo, Manuel Zelaya no es Salvador Allende y Micheletti no es Pinochet. Hoy la principal amenaza a la democracia en América Latina no viene de los cuarteles, sino de las instituciones débiles que se tambalean ante la voluntad de liderazgos carismáticos.

Cuando Raúl Castro, Hugo Chávez y Evo Morales salen en coro a defender el orden constitucional en Honduras podemos sospechar que la realidad es más compleja que un duelo entre demócratas y golpistas. Chávez y Morales son los arquitectos

de dos dictaduras electas. Ambos explotaron la inestabilidad política de sus respectivos países como catapulta para llegar al poder. Una vez instalados en el despacho presidencial, los dos mandatarios sudamericanos se han dedicado a desmontar todos los contrapesos a su potestad política. El símbolo de la democracia es una urna con votos, pero también un juez independiente o un Congreso vigilante. Los tiranos electos no toleran las opiniones incómodas de una prensa libre o el activismo de una oposición movilizada. En Venezuela y Bolivia se han fundado dos dictaduras por voluntad popular. Todo indica que Manuel Zelaya quería replicar el mismo modelo en Honduras.

Hoy en México tenemos elecciones para renovar la Cámara de Diputados. Si los votos confirman las encuestas, el gobierno enfrentará una oposición fortalecida en el Congreso. Ese contrapeso al poder presidencial es un lujo impensable en



Fecha <b>05.07.2009</b>	Sección <b>Primera - Opinión</b>	Página <b>11</b>
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

varios países del continente. El peor error que podemos cometer los mexicanos es asumir que la continuidad de nuestra democracia es un hecho garantizado. No confiemos nuestras libertades y derechos a las inercias de la historia. Valoremos lo que tenemos y hemos logrado. Las imperfecciones de nuestra democracia despiertan la envidia de naciones gobernadas por tiranos voluntariosos.